

MIS RECUERDOS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS ¹

Deseo evocar, en breves líneas, mis recuerdos de la Facultad de Filosofía y Letras, con motivo de cumplirse el setenta y cinco aniversario de su fundación. Otros, con mayor autoridad, que vivieron su vida durante muchos años, podrán hacerlo mejor, pues yo estuve bajo su égida protectora un corto período, lo suficiente para recibir su luz.

Mi vida universitaria tuvo un ritmo pendular. Se detenía en mayor tiempo en la Facultad de Medicina y otros días en la Facultad de Filosofía. Si las ciencias naturales me atraían y las verdades científicas me subyugaban, sentía el misterio de las causas finales y mi hambre metafísica era permanente. Comprendía con emoción intelectual lo que escribía Bacon: "Todo hombre que se imagina que el estudio de la filosofía es inútil, no considera que es de ella de la que se extrae todo el jugo y toda la fuerza que se distribuye a todas las demás profesiones y a todas las artes. Si queréis que un árbol dé más frutos, en vano os ocuparéis de las ramas; lo que hace falta es remover la tierra alrededor de la raíz". Por eso se ha dicho con razón, que si la filosofía

¹ Con motivo del setenta y cinco aniversario de su fundación, 1895-1971.

necesita de las ciencias, las ciencias necesitan de la filosofía.

Un verdadero espíritu científico tiene su filosofía. Debemos seguir el ejemplo de los auténticos hombres de ciencia, cuyos pasos en busca de la verdad han sido acompañados por las inquietudes que suscitan los problemas morales, sociales y metafísicos. La conquista suprema resulta de la conjunción de la realidad con la ilusión, de la verdad con la poesía, como lo soñaba Goethe. La mayor miseria del hombre, según Lamy, no es la pobreza, ni la enfermedad, ni la muerte: es la desgracia de ignorar por qué nace, sufre y muere.

BREVE HISTORIA

La Facultad de Filosofía y Letras, hasta su constitución definitiva en 1895, vivió de proyectos y de tentativas, que debemos recordar siquiera rápidamente. La primera tentativa surge durante el rectorado de Vicente F. López en 1874; la segunda en 1885, bajo el rectorado de Nicolás Avellaneda; la última y definitiva, cuando gobierna la Universidad Leopoldo Basavilvaso en 1895.

Se ha criticado que los hombres de la generación del 80 se ocuparon con exclusividad de las tres Facultades madres: la de medicina, la de derecho y la de ingeniería. Lo cierto es que fueron hombres de esa generación los que fundaron la Facultad de Filosofía porque eran herederos indirectos de la generación romántica e idealista de 1837. Basta citar tres nombres: Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez y Miguel Cané. Ellos fueron los inspiradores de la nueva institución. Eran del 80, pero habían nacido espiritualmente en 1837. No hay que divorciar artificialmen-

te las generaciones. Todas tienen sangre del pasado, silenciosa o bullente. No hay divorcios, hay suspensos y puede haber reconciliaciones. El romanticismo de 1830 estuvo en los espíritus y no en el tiempo. El positivismo había sido impuesto por las circunstancias y era necesario tolerarlo en beneficio del progreso material del país. Se practicaba la fórmula clásica: "Primo vivere e doppo filosofare". Hombres como Vicente F. López, Mitre, Avellaneda, Anadón, Basavilvaso, Gutiérrez, Cané y otros, estaban muy lejos del positivismo primitivo de algunos de sus contemporáneos. Sabían que cada tiempo tiene su tarea y era necesario preparar el clima para que la nueva planta floreciera. Por eso, es una injusticia atribuir a la generación del 80 el aplazamiento de la creación de la Facultad de Filosofía. La elevaron cuando los cimientos estaban preparados y muchos de los "positivistas" fueron sus primeros maestros.

Durante la presidencia del Dr. José Evaristo Uriburu y siendo ministro Antonio Bermejo, se decreta la creación de la Facultad con fecha 13 de abril de 1895. Su primer consejo directivo estuvo integrado por Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen, Carlos Pellegrini, Ricardo Gutiérrez, Rafael Obligado, Joaquín V. González y Pablo Groussac. Las primeras cátedras fueron dictadas por José Tarnassi, Juan José García Velloso, Rodolfo Rivarola, Clemente Fregeiro y Enrique García Merou.

Cuando se abrieron las clases los estudiantes eran diez y los profesores seis. Esto se prestó a la broma y al sarcasmo. Los catedráticos resultaron verdaderos héroes pedagógicos. Sabios y generosos lucharon contra la indiferencia y la hostilidad. Reinaba en la gran aldea, transformada en gran ciudad, agitada por la especulación y los negocios, un

frío materialismo y la Universidad corria el riesgo de trasladarse a la Bolsa de Comercio. Los que soñaban en Atenas vivían en pleno Cartago. Se hablaba muy mal de la nueva casa. "Facultad de estudios inútiles" decían unos; "Fábrica nacional de pedantes" decían otros; "Escuela de escritores vagabundos", decían los más. *La Prensa* y *La Nación* defendieron la nueva Facultad. El *Diario* de la tarde la atacó sin atenuantes. La institución injustamente combatida demostraría con el tiempo que era un foco de cultura humanista que contribuía a espiritualizar el país.

Carmelo Bonet, estudiante de la casa, que fuera después eminente profesor de "Introducción a los estudios literarios" ha escrito una página exacta y chispeante sobre el alumnado de su tiempo. "La inutilidad práctica de la carrera —por lo menos aparente— dio unión espiritual al alumnado de los primeros lustros. Era, en su inmensa mayoría, un alumnado vocacional. Estaba en parte constituido por gente de suicida vocación literaria. Abundaban los periodistas, los oficinistas, los maestros. No faltaban los inadaptados, los revolucionarios sentimentales, los estrelleros, los díscolos y soñadores. En más de uno había prendido el mensaje de *Ariel* que, por esos años, marcaba rumbos a la juventud hispano-americana. Había quienes se ganaban el café con leche en la redacción fría y desmantelada de diarios de vivir agónico. Ellos y los otros, se allegaban todas las tardes como autómatas; iban a sumergirse en una atmósfera distinta, a vivir la ilusión liberada del arte y el pensamiento, a olvidar por unas horas los apremios económicos, las angustias del pan amargo y el tufo de cocina de la casa de pensión".

Entre esos bohemios, los había de distintas clases: los

aburridos de la vida vulgar sin haber encontrado la brújula de su destino; los ociosos que llenaban el tiempo con la divagación y el ensueño; los pequeños paranoicos y los mitómanos fantásticos ausentes de la realidad; los que en silencio vivían una vida interior llena de luces; y los derrotados por anticipación, sin haber luchado nunca. Había grandes espíritus en “estados de desesperación” que es previo a muchos alumbramientos. Todos eran pobres, dignamente pobres. La única aristocracia que se respetaba era la de la inteligencia. Y todos eran lectores que devoraban libros. Vivir entre lectores es un privilegio. Recuerdo lo que escribía Rilke, leyendo en la Biblioteca Nacional de París, en su cuaderno diario: “¡Qué grato es estar entre hombres que leen! ¡Qué grato! Estoy sentado y leo a un poeta. Quizás hay trescientos lectores en la sala, mas no es posible que cada uno tenga un poeta. Porque no existen trescientos poetas. Pero ved mi destino; yo, acaso el más miserable de los lectores, yo, tengo un poeta. Y eso que soy pobre.”

LOS PRIMEROS EGRESADOS

No puedo omitir un recuerdo lejano y personal que justifica mi amor por esta casa. Tenía en aquel entonces once años de edad y cursaba el quinto grado de la escuela normal de varones. El profesor de mi grado se llamaba Eugenio Ivancovich, uno de los primeros inscriptos en la Facultad de Letras. Conocí igualmente a las cuatro alumnas iniciales: Ernestina y Elvira López, María Atilia Canetti y Ana Maute, compañeras de mi prima Laura. Asistí a la primera colación de grados, cuando pronunció el discurso alusivo Miguel Cané. He tenido en mis manos las tesis de los ocho

graduados. Ernestina López escribió sobre “¿Existe una literatura americana?”; Elvira López: “El movimiento feminista”; Ana Mauthe sobre “La lógica de Aristóteles”; María Atilia Canetti: “Importancia y valor del juicio público sobre las obras artísticas”; Juan Francisco Ibarra: “El helenismo en la literatura latina”; Porfirio Rodríguez: “El problema de la moral”; Juan C. Jara: “La revolución de Mayo”; y Eugenio Ivancovich, mi maestro, sobre “Razas humanas y su distribución”. Es indudable que su tesis fue inspirada por Clemente Fregeiro, profesor de historia en la Facultad de Filosofía y director de la Escuela Normal donde él enseñaba el 5o. grado. Es un modelo de exposición y de crítica, de hipótesis y teorías. Su padre era de origen dalmata y había nacido en Fiume en 1853. Fue un navegante incansable. Capitán de ultramar recorrió durante muchos años el Atlántico, entre Fiume y Buenos Aires y luego se dedicó a la navegación de los ríos Paraná y Uruguay. Durante sus últimos diez años estableció una imprenta y navegó entre libros. Sus cinco hijos argentinos fueron maestros y se distribuyeron por toda la república: uno en Río Gallegos, otro en Quilmes, otro en Resistencia, otro en Formosa. El mayor, Eugenio, dirigió mi formación espiritual. Me enseñó a estudiar, a pensar, a dudar, a encauzar mis tendencias, a frenar mis impulsos, a enriquecer los sentimientos, a ser noble, bueno y tolerante. Sus clases eran admirables por la claridad, por el método y por la paciencia con que las repetía cuando algún alumno distraído no las había captado. Además era poeta y su “Oda a la Argentina” fue elogiada por Calixto Oyuela. Quemó su vida en la enseñanza. Falleció a los 27 años de edad.

LOS MAESTROS QUE CONOCÍ

La semilla que depositó en mi alma de niño el profesor de quinto grado no se perdió del todo. Aunque estaba anotado en la Facultad de Medicina hacía mis excursiones a la Facultad de Letras. Deseaba neutralizar las toxinas positivistas de la calle Córdoba con las antitoxinas de la calle Viamonte. En esta última, era un estudiante libre, que nunca sacó matrícula, un franco tirador que hacía blancos, cuando los hacía, sobre los problemas que más le interesaban. La mayoría de los concurrentes había entrado violando el reglamento y vivían sin él, felizmente. Me sentía cómodo entre bohemios y sonámbulos. La mayoría padecía del "mal metafísico", del que habla Manuel Gálvez en un libro anecdótico y cordial. El "mal metafísico" los libraba del materialismo paralizante, de la prosa insípida de la vida, del naufragio de muchas ilusiones. Debemos agregar que el mal metafísico era en unos constitucional y en otros adquirido. No lo pueden padecer sino los predestinados a la gloria o al fracaso, según las circunstancias. Todos tenían alas para volar y alejarse de la tierra. Todos eran aristócratas de la inteligencia y los había ricos —los menos— y pobres. Los primeros al salir de la Facultad se orientaban hacia la calle Florida y los segundos hacia el Paseo de Julio.

Yo asistía, cuando tenía "ganas", a las clases de Lógica de Matienzo; de Ética y Metafísica de Rivarola; de Historia de la filosofía de Korn; de Psicología de Horacio Piñero; de Antropología de Ambrosetti; de Arqueología de Lafone Quevedo. También escuché, episódicamente, a David Peña, a Ernesto Quesada y a Juan Agustín García.

Una tarde invernal, me refugié por casualidad en una pequeña aula donde José Nicolás Matienzo enseñaba Lógica. Me pareció que Stuart Mill se había escapado de su libro y con todo derecho asumido la cátedra. Matienzo era más bien alto, delgado, sereno y elegante, parco en los gestos, medido en las palabras. Semejaba un lord inglés que extrañaba el Parlamento. Era, sin embargo, un tucumano cálido, fervoroso discípulo de Alberdi. Su carrera docente fue brillante. Dictaba lógica en la Facultad de Filosofía y derecho constitucional en Buenos Aires y La Plata. Pero donde dictó "derecho constitucional", a todo el mundo político, fue como Ministro del Interior del Presidente Alvear. Hombre de talento y de principios, de rígida moral republicana, nunca la constitución estuvo más protegida, mejor aplicada y con vigencia permanente. Sobre los intereses políticos colocaba los intereses superiores de la Nación, y encarnaba la "lógica" y la "moral" de la constitución. Renunció como ministro porque no podía renunciar como maestro. Recordemos sus más importantes libros: *La política americana de Alberdi*, *El gobierno representativo federal en la República Argentina*, *Cuestiones de derecho público argentino*, *Lecciones de derecho constitucional*, *Los deberes de la democracia*.

Rodolfo Rivarola era el maestro por antonomasia. Poseía un gran poder de simpatía y un dominio sobre sus alumnos y sobre sí mismo, que le permitía ser el dueño espiritual de todos. He de repetir aquí algunos juicios que figuran en mi ensayo sobre "Rodolfo Rivarola educador" publicado hace años¹.

¹ Osvaldo Loudet. *Política del espíritu. Maestros y discípulos*. Buenos Aires, 1948. 257 p.

Como todos los hombres que dictan lecciones y publican libros, Rivarola ha tenido dos clases de discípulos: los directos, los visibles, los conocidos; y los indirectos, los lectores, los ignorados. Los primeros suelen ser más íntimos y auténticos, por el privilegio de estar frente al espíritu en ebullición, en elaboración paciente o encendida, en creación esforzada o fácil. Los segundos no participan de la emoción en el nacimiento de las ideas y doctrinas; no están en el aula o en el laboratorio cuando germinan; no ven con sus propios ojos la revelación, ni escuchan por sus oídos las palabras del anuncio; pero frente al documento escrito, frente al libro que fija definitivamente las ideas, tienen la paz para meditarlas, el tiempo para vivirlas, la distancia necesaria para verlas en sus justas dimensiones. Yo fui discípulo directo e indirecto, porque lo escuché y lo leí.

Rivarola fue el introductor de Kant en los estudios filosóficos y nos descubrió la *Crítica de la razón pura*. ¿Existe, a priori, un conocimiento cuya verad nos sea evidente, aun antes de la experiencia? Había llegado para nosotros —los de la calle Córdoba, sobre todo— el momento de colocar en su sitio a “la canalla de las sensaciones”, como decía Platón.

Lo que se proponía no era convencernos sino hacernos dudar. Esto era en un primer tiempo, y en un segundo, indicarnos las diversas rutas que podían llevarnos a la verdad posible. Lo que le interesaba eran las almas, su despertar, su madurez, su dehiscencia. Prepararlas para la germinación, para el alumbramiento, para la vida. ¡Que ellas mismas, sabiamente orientadas por él, encontraran su propio aliento; que ellas mismas supieran elegirlo; que ellas mismas supieran transformarlo en nuevo sustento para otras

almas! “La cátedra no es teatro ni el profesor actor —dijo una vez—, la cátedra no es tribuna ni el profesor es orador. Uds. me premiarán si no me olvidan; pero no me premian si me aplauden”. He aquí la justa observación de un hombre sin máscaras y sin alardes retóricos. Lo efímero es el aplauso presente, arrancado por la música de las palabras. Las que siempre viven son las ideas sembradas con amor, con generosidad y sin ruido. He aquí dibujada, con dos trazos, la figura moral del profesor de Ética y Metafísica.

Tuvo la Facultad de Filosofía el privilegio de poseer un erudito y brillante profesor de psicología experimental, en un tiempo en que esa disciplina había asentado sus reales en las universidades de Francia y Alemania, y él no estuvo a la zaga de ninguna. Enseñaba al mismo tiempo fisiología experimental en la Facultad de Medicina, donde eran sus discípulos Francisco Soler, Rodolfo Alcides Rivarola y Bernardo Houssay. Lo dominaba la pasión de la enseñanza, y en ninguna de las dos cátedras, como docente, fue superado jamás. Poseía el arte de transmitir los conocimientos, con interés, entusiasmo y claridad. Su amplio dominio de la Fisiología la ampliaba continuamente en sus viajes a Europa, de donde traía las últimas novedades. Nunca estuvo quieto en el sitio de la cátedra, porque vigilaba los experimentos con el ejército móvil de sus ayudantes. Expositor claro, fluido, dinámico, frente a su inquieta vitalidad física y psicológica, alguien dijo que era la misma Fisiología. La exposición de los hechos, el enunciado de los principios, las hipótesis probables, las experiencias comprobatorias, revelaban un hombre de vastísima cultura. Su profundo conocimiento de la fisiología del sistema nervioso le permitía explicar fácilmente la psicofisiología de los órganos

de los sentidos y sus desarmonías. No olvidemos que era psiquiatra, y su sala de clínica en el Hospital de Alienadas le daba autoridad para mostrar a sus alumnos de ambas Facultades las armonías y los desequilibrios de las funciones psíquicas. El fisiólogo, el psicólogo y el alienista integraban su personalidad de sabio eminente. Sus clases eran las más concurridas en ambas Facultades. Su público no estaba integrado por alumnos únicamente, sino por intelectuales de diversas disciplinas. Si el "positivismo experimental" era la lógica de su enseñanza, siempre tenía abiertas las ventanas de su alma a todos los horizontes. Alguna vez, en una clase inaugural, recordó estas palabras de Georges Dumas: "La psicología experimental se propone el estudio exclusivo de los fenómenos del espíritu, siguiendo el método de las ciencias naturales, independientemente de toda hipótesis metafísica. Tiene un objeto preciso: los hechos psíquicos, su descripción, su clasificación, la investigación de sus leyes y las condiciones de su existencia. Elude el estudio de su íntima naturaleza. No es espiritualista ni materialista y no puede adoptar ninguno de esos epítetos sin correr el riesgo de perder el derecho de llamarse ciencia". No vivió Piñero encerrado en el polígono de Grasset, ni los reflejos universales podían responder a todas las preguntas. He tenido en mis manos los libros de su biblioteca y he comprobado que conocía el racionalismo de Renouvier, el asociacionismo de Taine, los problemas de la vida afectiva según Ribot, el automatismo de Janet, el intuicionismo de Bergson. Pensaba como Ribot en la gran importancia de la patología mental para el estudio de las funciones normales. Fue un maestro insustituible en su tiempo, y un gran maestro.

Alejandro Korn fue otro de los grandes catedráticos que tuve la alegría moral de conocer en la Facultad de Filosofía y Letras. No ignoraba que había dirigido durante veinte años el hospital Melchor Romero de La Plata, el manicomio más grande de la provincia de Buenos Aires y el segundo en el país. Mi curiosidad por este psiquiatra hecho filósofo, tenía múltiples razones. ¿Cómo había adquirido tanta cordura viviendo veinte años en el mundo de la locura? ¿Fue entre libros y locos que llegó a conocer a fondo la verdadera naturaleza humana? ¿El hombre que había estado tanto tiempo encerrado por su propia voluntad no fue acaso un hombre libre? Él sabía que la libertad no dependía de los muros circundantes del hospicio sino de la propia alma del hombre. Recuerdo una anécdota sabrosísima que fue muy comentada cuando lo nombraron profesor de filosofía en 1916; se había jubilado de director del hospital. En una tertulia universitaria, alguien tuvo la audacia de preguntarle con ironía cómo se había hecho filósofo habiendo estado tanto tiempo entre alienados. El maestro contestó: "Es muy fácil, he estudiado a muchos imbéciles y dementes encerrados, para comprender mejor a los que se encuentran libres".

He conocido la casa habitación de Korn en el citado hospicio, rodeada de árboles y de flores. Era un verdadero jardín de Academus. Sólo un hombre de gran vida interior pudo soportar ese aislamiento; sólo un pensador de sus quilates pudo conocer profundamente el mundo lejos del mundo; sólo un espíritu superior como él pudo iniciarse en la cátedra universitaria, más allá de los sesenta años y ser un maestro de maestros. Si la Facultad de Medicina de La Plata hubiese existido en aquel tiempo, él hubiera

sido el primer profesor de psiquiatría de la misma. Yo tuve la suerte de serlo y decirle a mis discípulos que en realidad yo no era el primero, sino el sucesor de Korn.

Si Korn fue profesor imaginario de clínica psiquiátrica, fue un profesor real de historia de la filosofía. Lo conocí, precisamente, cuando dictaba historia de la filosofía griega. Su cátedra ocupaba una pequeña aula situada a la derecha del vestíbulo, donde después se instaló el decanato. Sencillo, espontáneo, sin gravedad académica y sin ningún papel entre las manos, que pudiera servirle de guía, sus clases eran pláticas más que conferencias. Poseía una cabeza socrática, sólida y serena como el mar Jónico. Hablaba en forma apacible pero siempre anhelante, como si tuviese premura para llegar a definiciones lúcidas y firmes. Sorprendía desde el principio el ritmo entrecortado de sus palabras. Estaba dominado por una "ecolalia" que no disminuía su elocuencia. Su ansiedad respiratoria lo hacía más conmovedor e interesante, y las sílabas que repetía acentuaban la intensidad de su pensamiento. Parecía oxigenar las ideas antes de emitir las. El oyente se habituaba a aquel ritmo particularísimo y no lo hubiera podido escuchar de otra manera. No era un filósofo ansioso. Era un filósofo con la emoción entrecortada por el choque de las ideas. Salíamos de sus clases con un tesoro nuevo, hasta entonces desconocido, inimaginable. Sus conocimientos médicos le permitían hacer metáforas hipocráticas verdaderamente sorprendentes. Leíamos en aquel entonces el admirable libro de Gompers *Les penseurs de la Grèce*, pero nuestro maestro, en ciertos aspectos, lo superaba. Sus explicaciones sobre Pitágoras y sus discípulos; Parménides, Anaxágoras y Empédocles; los sofistas Protágoras y Gorgias; y sobre Herá-

clito, que comprendió aquel curso, fueron verdaderamente luminosas. El autor de *La libertad creadora; El concepto de ciencia; Axiología; Bergson en la filosofía contemporánea*, y *Apuntes filosóficos*, era un pensador profundo. “Aunque no hubiese escrito nada más que unas páginas —dice uno de sus discípulos de más talento, Francisco Romero— Korn seguiría siendo uno de los mayores pensadores nuestros por la austera voluntad de verdad, por el saber y el rigor crítico con que se encaró con los problemas de la filosofía, por su admirable capacidad para ir al fondo de las cosas y para relacionar cualquier tema con las cuestiones últimas.”

ALGUNOS CONDÍSCÍPULOS

Carmelo Bonet fue uno de mis primeros amigos en aquel grupo de asilados contra el materialismo reinante. En realidad, aquella casa era un lugar de reposo para soñadores y desesperados. Hasta ella llegaba muy apagado el ruido hirviente de la calle. Hombre callado y sencillo, detrás de su silencio existía una gran vida interior, donde se agitaban ideas y emociones puras. Era un hombre de letras, a pesar de que la vida le obligaba a llevar libros de “letras comerciales” cuya prosa repetida y fría le helaba el corazón. José Enrique Rodó descubrió su talento literario y elogió su primer ensayo. Después se reveló un escritor fluido y claro, preciso y elegante, y fue un profesor admirable de “Teoría literaria”. Huía de la solemnidad y del empaque. Su sonrisa lo alejaba del pedante, del soberbio y del erudito tumultuoso. Los absolvía y los perdonaba. Algunas veces inventaba un neologismo para asombrar a los clásicos, hechos de piedra con alguna partícula

de oro. Sus libros: *Apuntaciones sobre el arte de escribir; Escollos y reflexiones sobre estética literaria; Apuntes sobre el arte de juzgar; Las fuentes de la creación literaria;* fueron utilizados por sus numerosos alumnos. Ha sido el preceptor y el guía literario de varias generaciones.

Un espíritu cultísimo y olvidado era Luis Matharán, que vivía en la sombra para disimular su luz. No dejaba a Horacio y a Virgilio, algunos de cuyos versos tradujo con maestría. En su libro *Remanso* está toda su alma, serena y pura como agua escondida entre árboles humildes. Tradujo también a Carducci y a Leopardi que le impregnaron de escepticismo y de melancolía. Era el protagonista del "Triunfo de los otros", como autor desconocido de la mayoría de los discursos conmemorativos de intendentes de Buenos Aires. Educado en el Colegio de Concepción del Uruguay fue digno alumno de esa escuela.

Otro hombre que no encontré solo, pues siempre tenía a su lado a Alfredo Bianchi, fue Roberto Giusti, escritor y periodista de talento. Mientras el primero iba cargado de periódicos, el segundo era una biblioteca ambulante. Sus lugares predilectos fueron la Facultad y las librerías de Moen y Espiasse. No se podía concebir a estos hombres con los brazos colgantes y las manos libres. Ellos eran periodistas por vocación y por necesidad. Giusti fue un escritor sagaz, equilibrado y generoso en todos los campos en que actuó. Alguna vez pensó en su infancia —por sugerencia de su abuela— que pudo ser obispo, cuando su alma era evangélica. Fue un socialista romántico. Creo que su gloria máxima es la fundación de la revista *Nosotros*, que se publicó durante muchos años. Es historia viva de la literatura argentina. Hablaba siempre con un pequeño

toscano en la boca. Cuando aspiraba —frente a un interlocutor impertinente— parecía escucharlo con paciencia, y cuando expiraba el humo, lo envolvía en una nube de indiferencia o de piedad.

Alberini era uno de los filósofos más prestigiosos de su generación. Vivía en la Biblioteca, de la cual fue director. Polemista de alta peligrosidad y enciclopédica cultura, sus ironías eran sangrientas. No tenía piedad ni aún para los hombres de talento. Dispersó su gran sabiduría en pequeños cenáculos. Su actividad docente era múltiple y le impidió hacer excelentes libros. Su lucha contra el positivismo fue famosa, y demostró que los positivistas eran “metafísicos” como los otros. “El trato como pensador tan objetivo —dijo Einstein— constituye una fuente de ilustración y de goce espiritual”.

Un personaje dinámico, inquieto, incansable, que estaba en todas las cosas, olvidándose de sí mismo, era Emilio Ravignani, el futuro historiador. Siempre pensé, a través de su vida, que la historia había sido inventada para él. Su figura física traducía su exuberante fisiología. Grueso, rojo, turgente, la vida le brotaba por todos los poros. Su cuello de procónsul romano aproximaba su cabeza al corazón. Por eso era afable y tolerante. Su risa y su palabra eran cálidas y explosivas. Poseía una fuerza hercúlea y en los partidos de pelota que jugábamos en Bella Vista con Amado Alonso, Tomás Casares y Juan Canter, nos dejaba exhaustos. En los sótanos de la Facultad, donde funcionaba un “Instituto de enseñanza” que habíamos creado, su palabra era permanente, y siempre apoyaba su mano en un cráneo milenario que Ambrosetti había traído de Tilcara; otro más tranquilo

y contemporizador, Agustín Matienzo, sólo blandía un débil peroné.

La obra de Ravnani en la Facultad de Filosofía fue extraordinaria. Fue el primer director del Instituto de Historia, que había fundado José Nicolás Matienzo. Sustituyó la retórica de la historia por la ciencia de la historia. El instituto, con toda justicia, lleva hoy su nombre.

Otro hombre con el cual cultivé la amistad, fue Francisco Romero, que vestía traje de capitán del ejército argentino. Nunca hubo un capitán más filósofo, ni un filósofo menos capitán. Sus grandes maniobras las hacía con las ideas y, por supuesto, sin estrépito. Era un pensador silencioso y profundo. Alguna vez le dije, en un viaje a La Plata, que debía abandonar las armas, usar de la pluma y dedicarse a la filosofía. Discípulo de Alejandro Korn, como su ilustre colega Eugenio Pucciarelli —médico por azar y filósofo por naturaleza— fue profesor de gnoseología y metafísica y autor de libros tan trascendentes como *Filosofía de la persona*, *El hombre y la cultura*, *Teoría del hombre*, y otros más. Cultivó la amistad que practicó como su maestro: “con una mezcla de exquisita austeridad y de ternura, con un respeto hacia sí mismo y hacia todos los demás que sorprendía”. Para Korn la amistad no era una diversión o entretenimiento, era la actitud natural en un noble y afectuoso espíritu a los que sentía próximos. Korn fue un maestro en el diálogo. Era socrático más que aristotélico; así era Romero.

Salvador Debenedetti, discípulo por aquel entonces del sabio Ambrosetti, vivía más en los sótanos de la Facultad que en las aulas o en los corredores —sobre todo los corredores, donde vivían los más—. En los sótanos, que nos había

prestado para nuestras reuniones, Ambrosetti y Lafone Quevedo tenían los tesoros obtenidos en sus viajes arqueológicos. Debenedetti llegó a ser director del Museo Etnográfico, fundado por Ambrosetti. Sus descubrimientos en la Quebrada de Humahuaca, sus exploraciones en los cementerios prehistóricos de Tilcara y en las ruinas del valle calchaquí le dieron gran prestigio en los centros científicos de todo el mundo. Nosotros veíamos en el joven arqueólogo un reaparecido de la prehistoria que, naturalmente, no le daba mayor valor a la historia contemporánea.

El más pequeño de aquel grupo romántico de estudiantes se llamaba Carlos Alberto Leumann. Para mirar los ojos de las alumnas más hermosas se ponía en punta de pie. "Es la única manera de alcanzar el cielo" me decía. Sensible, tímido, imaginativo, nos obsequió con su primer libro de versos: *El libro de la duda y los cantos ingenuos*. No se podía dudar que era un poeta. Más tarde escribió una gran novela: *Adriana Zumarán*, que obtuvo un primer premio literario.

LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA. EL INSTITUTO DE ENSEÑANZA GENERAL

Varios estudiantes regulares y otros libres concebimos el proyecto de iniciar cursos de extensión universitaria, y fundamos el "Instituto de Enseñanza General". La Facultad era muy pequeña y necesitábamos un local para sede de la nueva institución. De la sombra debía nacer la luz. Nos refugiamos en los sótanos de la Facultad, allí donde Ambrosetti y Lafone Quevedo coleccionaban restos ante-

diluvianos. Discutíamos entre momias y vasijas. Tibias y peronés servían de sables en las polémicas ardorosas.

Deseábamos irradiar la cultura humanista en el medio social e inquietar a la gente universitaria y no universitaria, estudiando problemas filosóficos y humanos que estaban más allá de la ciencia y de toda política circunstancial. La primera comisión directiva quedó constituida por Agustín Nicolás Matienzo, Enrique Loza Amuchástegui, Emilio Ravignani, Juan L. Ferrarotti, Manuel Rojas Silveira, estudiantes de derecho; Rodolfo Alcides Rivarola, Osvaldo Loudet, José Manuel Riera y Alberto Galíndez, estudiantes de medicina; Jorge Cabral y Jorge Piacentini, estudiantes de filosofía; y Luis Gianetti, estudiante de ingeniería.

Al año siguiente, julio de 1910, publicábamos el primer número de sus *Anales*. He aquí los colaboradores, maestros insignes de las ciencias y las letras: Rafael Altamira: "Los medios de cultura en América durante el siglo XVIII"; Florentino Ameghino: "Paleontología argentina"; José Nicolás Matienzo: "La justicia en la República Argentina"; Ernesto Quesada: "Las doctrinas sociológicas de Augusto Comte"; Angel Gallardo: "Polémicas entre biómetras y mendelianos"; Ricardo E. Cramwell: "Una inscripción latina"; Ramón J. Cárcano: "La diplomacia de la triple alianza"; Francisco Capello: "La primera oda olímpica"; Coriolano Alberini: "Pragmatismo"; Rodolfo Alcides Rivarola: "La experimentación en la ciencia y en la vida"; Guillermo Achával (hijo): "La moral cívica en la escuela"; Carlos Alberto Leumann: "Fragmentos de historia"; Juan Chia-bra: "Crítica de la filosofía de Hegel".

Maestros y discípulos están representados en este mag-

nífico sumario. Temas de filosofía, letras e historia son tratados con erudición y originalidad. „El éxito de esta publicación fue enorme dentro y fuera del país.

EL COLEGIO NOVECENTISTA

Tres ilustres viajeros contribuyeron a despertar la reacción antipositivista en la Facultad. Fueron ellos Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors y Manuel García Morente. Cuando en 1916 llegó Ortega al país, pudo platicar con profesores que eran discípulos de Kant o de Bergson, como Rivarola, Korn, Melo y Kruger, o brillantes estudiantes como Coriolano Alberini, Alfredo Franceschi, José Gabriel, Carmelo Bonet, Roberto Giusti, José D'Andrea, Melián Lafinur, Ventura Pessolano, Adolfo Korn Villafañe, Jorge Max Rohde, Lidia Peradotto y Lili Kelly.

En la biblioteca de la Facultad, el primero de abril de 1918, se discutió el manifiesto del Colegio novecentista. En esa oportunidad hablaron José Gabriel, Coriolano Alberini y Benjamín Taborda. El manifiesto aprobado, redactado por el segundo, criticaba acerbamente el positivismo. "Sin sentido de los problemas filosóficos y que transforma la ciencia en una metafísica mecanicista". El novecentismo, dice Diego F. Pró, talentoso profesor de filosofía de la nueva generación, tiene dos aspectos: uno de crítica denodada al positivismo y otro que define su actitud filosófica. "Por el hecho de aspirar, dentro de la modestia de sus medios, al surgimiento de una cultura nacional, rica de universalidad, información amplia, espíritu hondo, austero y progresista, el novecentismo argentino, es, ante todo, idealismo militante. En el terreno teórico, ya que el punto de

vista del plenario es ineludible, el Colegio considera novecentista toda actitud espiritual que afirme, tácita o explícitamente, el carácter sustantivo de la personalidad humana —raíz de todo valor, y, por ende, valor supremo—. Es el mínimun de doctrina que el novecentismo solicita al adepto, cualquiera fuere la individual teoría filosófica, ética o estética o política profesada”.

La amplitud y la tolerancia de su programa llevaba en germen su disolución. Todos sus miembros respetaban la persona humana y la libertad de dicha persona, pero dentro de límites diversos. Hombres de la derecha por un lado y hombres de la izquierda por otro, se fueron separando hasta no encontrarse más. De todos modos, el novecentismo produjo una reacción espiritualista que salvó a la Facultad de doctrinarismos opacos y rígidos, de fórmulas científicistas, que asfixiaban el espíritu. El novecentismo oxigenó muchas almas y evitó que muriesen asfixiadas.

PALABRAS FINALES

He querido recordar, en estas páginas escritas a vuelo de pluma, mi paso ligero por una casa de altos estudios en la cual conocí egregios maestros y donde me vinculé a estudiantes de alta jerarquía moral e intelectual que honraron la universidad. No era mi “casa de estudios”, pero estaba en una calle paralela a aquella, como si el destino hubiera querido facilitar la transfusión de sus valores, pues cada una en su esfera, buscaba una mayor comprensión de la naturaleza humana. Alguna vez habló Goethe de “Poesía y verdad”. Por eso estudió y escribió sobre la metamorfosis de las flores.

Ya lo dije alguna vez, y ahora lo repito. Mi esposa legal fue la Medicina pero, tolerante y bondadosa, no perturbó mis relaciones con la Historia y la Filosofía. Le fui fiel a todas, sin desmedro para ninguna, y ellas premiaron con exceso mi amor puro y mi fidelidad sin titubeos.

Digamos, para terminar estos apuntes, que en la Universidad, hasta la creación de la Facultad de Filosofía y Letras, dominaba la enseñanza utilitaria para las profesiones liberales: medicina, derecho e ingeniería. La Facultad de Filosofía y Letras espiritualizó la cultura superior. Bien está el nombre de "Jardín de la Universidad" con que fue bautizada por uno de sus más ilustres rectores. En ese jardín se cultivaron las flores más puras y bellas del espíritu.

OSVALDO LOUDET